

que el mismo Gimenez era general en jefe. Este soldado aventurero, de tan obscuro nacimiento, que no tuvo otro nombre que el del país en que había nacido, sin educación, sin ningún respeto, y deslumbrado con el realce que le habían dado las armas, no podía llevar en paciencia el verse subordinado á un eclesiástico, y llegó su furor al extremo de amotinar el ejército contra el mismo que le había levantado. La moderación y destreza del cardenal Gimenez en estas circunstancias delicadas, son quizá la mejor prueba de la firmeza de su carácter y de los recursos de su ingenio, en medio de tantas acciones brillantes como ilustraron su vida. A pesar de estos tropiezos, y dificultades, se dedicaba constantemente el piadoso prelado, ya por sí mismo, y ya por medio de un gran número de eclesiásticos y de religiosos ejemplares que se había asociado, á merecer la protección del cielo, inclinando á los soldados á reconciliarse sinceramente con Dios en el sacramento de la confesión; y tuvo la complacencia de saber que había comulgado la mayor parte de ellos.

Salieron por fin de Cartagena, y al día siguiente, que fue el de la Ascension, descubrieron las costas de África. Tuvieron la felicidad de entrar de noche en el puerto de Mazalquivir, desembarcaron al momento, ocuparon todo el terreno necesario para las evoluciones, y se formaron las tropas en batalla. Al rayar el día, quedaron sumamente sorprendidos los moros que ocupaban las alturas inmediatas, de ver al ejército cristiano marchar en buen orden contra

Orán, que no distaba mas de una legua, pues jamás hubieran creído que se intentase entrar de noche en un puerto hervido de escollos. Sin embargo, se tranquilizaron con la confianza que les inspiraba el considerable número de sus tropas, avanzaron con el mismo orden que sus enemigos, y fueron á apostarse á una altura que había entre el puerto y la ciudad. Pusieronse en movimiento los cristianos después de haber dejado en el fuerte de Mazalquivir al arzobispo de Toledo, para lo cual fueron necesarias las más eficaces instancias, porque quería él acompañar al cuerpo de batalla para animar á los combatientes, y ya que no iba él, mandó que llevasen delante de su ejército su cruz episcopal, y que se pusiese igualmente en las banderas la señal de nuestra salvación, para recordar de continuo á los soldados que el triunfador de las potestades infernales iba también á disipar sus ministros. Cedieron en efecto los moros, y fue muy grande su consternación al ver que un destacamento del ejército cristiano se había apoderado, desde el principio de la batalla, de una puerta de Orán, mediante una inteligencia secreta que había en la plaza. Cogido por todos lados el ejército de los infieles, huyó su caballería á rienda suelta, y quedando abandonada la infantería, hicieron en ella los cristianos una carnicería horrible. Quedaron más de cinco mil hombres en el campo de batalla, sin contar los heridos y prisioneros, que fueron muchos más. Aseguran los historiadores que el ejército de Gimenez no perdió más de treinta hombres. Una parte de él siguió el

alcance á los fugitivos, y les mató mucha gente; y otra marchó á Orán, para acabar con la resistencia que hacian todavía algunos habitantes desesperados, la que solo sirvió para consumir su ruina. Todos fueron pasados á cuchillo, hombres, mugeres y niños, á escepcion de ocho mil que quedaron en clase de esclavos, y de cuatro mil fugitivos que se retiraron á Tremezen. Se puede formar juicio de la estension y poblacion de Orán por el número de sus tiendas, que llegaban á mil y quinientas, esto es, mas de las que puede haber (dice un historiador contemporáneo) en tres ciudades de las mejores de España (1). Esta plaza, que era entonces la mas importante de toda el Africa, permanece todavía en poder de los españoles, aunque en un estado muy diferente (*).

20. Es indecible el gusto que recibió el Rey Fernando, cuando supo el feliz éxito de esta empresa. Volvió Gimenez á España, luego que dejó arregladas todas las cosas en su conquista, pareciéndole sin duda que no estaba bien un obispo á la frente de un ejército, aun cuando fuese con el título de defensor de la patria y de la Religion. Contento con haber triunfado á pesar de todos los obstáculos, y temiendo tal vez cansar á la fortuna, previó por otra parte, que si Pedro de Navarra quedaba general en jefe, redoblaría su ardor en una espedicion, cuya gloria seria para

(1) *Fer. Juun.*

(*) Tuvieron que abandonarla en los últimos terremotos, que la dejaron casi enteramente arruinada, y en los que perecieron muchísimos españoles.

él solo: y en efecto, no se engañó en su modo de pensar, porque aquel capitan, en quien competia la habilidad con la aspereza y desabrimiento, se apoderó de Bugia y de Trípoli, é hizo tributario el reino de Argel.

21. Puede asegurarse que Gimenez no se habia retirado verdaderamente del teatro de la gloria, si se considera que la modestia que manifestó al llegar á España, le grangeó mas reputacion que cuantas acciones brillantes habia egecutado en África. Fue tal, que impuso silencio y causó admiracion á sus mismos émulos, y aun á sus mas declarados enemigos. Hasta entonces se le habia acusado de vanidad; y se echó de ver que lo que es efecto de esta pasion en las almas comunes, procedia en él de la profundidad de sus designios y de la elevacion de sus pensamientos. Mostró siempre, no un desden afectado, sino aquella indiferencia natural que no puede ser obra del arte, así en las alabanzas directas, como en todo lo que es capaz de lisongear á las almas mas delicadas. Habíéndole convidado el Rey á que pasase á la corte á recibir los honores que merecia por los servicios inestimables que acababa de hacer al estado y á la Religion, le dió gracias sencillamente, y le suplicó llevase á bien que fuese á descansar de sus fatigas en el seno de su amada grey. En efecto, tomó el camino de Alcalá, ciudad de su diócesi, ó por mejor decir, fue á ella por caminos escusados, á fin de huir del concurso de los pueblos y del magnífico recibimiento que le preparaban todas las ciudades por donde habia

de pasar. No quiso que se le hiciese ninguna función ni obsequio en Alcalá, no obstante que era señor de ella, así en lo temporal, como en lo espiritual. Si alguna vez le hablaban de sus victorias, y se le daba el nombre de defensor de la Religión y vencedor de los infieles, atribuía siempre sus triunfos á las oraciones de las almas humildes y piadosas.

Entre los grandes de Castilla que hasta entonces se habian declarado contra Gimenez, hubo muchos que se hicieron panegiristas suyos, y algunos que quisieron emparentar con él por tener parte en su gloria. Casó á su sobrina Juana de Cisneros con un caballero de la casa de Mendoza, una de las mas ilustres de España, y la dió un dote conveniente, aunque no tan considerable como hubiera podido dárselo, y aun para esto hubo que vencer muchas dificultades, sin embargo de que era naturalmente generoso, porque estaba tan persuadido á que los bienes de la Iglesia solo deben emplearse en buenas obras, deduciendo lo que se necesita para la modesta manutención del titular, y hasta entonces habia arreglado tan inviolable su conducta á esta máxima, que siempre estaba temiendo contravenir á ella; de suerte que no se resolvió hasta que se le hizo entender, que lo que daba á su sobrina no equivalia con mucho á lo que debia percibir del botin de Orán, y que de estos bienes podia disponer con entera libertad. Pero quiso indemnizar, por decirlo así, á la Iglesia y á los pobres de lo poco que daba á sus parientes: á cuyo efecto edificó casi al mismo tiempo varias iglesias, y adquirió

muchas posesiones para su universidad de Alcalá, tan útil á la Religión. Este hombre extraordinario y fecundo en invenciones ventajosas á los pueblos, formó tambien y realizó el proyecto de los pósitos del reino. Las profundas reflexiones que hizo, fundadas en una triste y larga esperiencia, le convencieron de la necesidad de proporcionar á Castilla la Nueva un fondo de subsistencia, menos desigual que sus cosechas anuales: mandó construir en Toledo unos almacenes espaciosos y magníficos, de los cuales hizo donación á la ciudad; puso en ellos á su costa cuarenta mil fanegas de trigo, para que se distribuyesen á los pobres en caso de carestía, y dejó un fondo para reponer perpétuamente esta cantidad de granos. Lo mismo ejecutó, á proporción de los lugares, en Alcalá, en Torrelaguna, su patria, y en Cisneros, de donde tomó nombre su familia. El acueducto que hizo en Torrelaguna para conducir á ella las aguas de que escaseaba, las demás obras útiles con que hermoseó aquel pueblo, y el almacén de trigo ó el pósito, le costaron cerca de un millon de reales. De este modo, despues de haber escitado Gimenez la admiración de su siglo, como general y conquistador, se portó tambien como buen pastor y padre del pueblo.

22. El Papa Julio, que se hallaba ya en posesión de las plazas y territorios usurpados por los venecianos, no se contentó con quebrantar el tratado de Cambrai, y volver la espalda al Rey de Francia, sino que formó contra esta nación el proyecto de una liga, en que debian entrar con él el Emperador Maximiliano,

los Reyes de Aragon é Inglaterra, y los suizos (1). Maximiliano tuvo sus razones particulares para no tomar parte en esta confederacion. Las circunstancias singulares en que se hallaba Fernando, le obligaron á declararse á favor del Pontífice. Habiéndose negado á los suizos el aumento que pedian de ochenta mil reales sobre la pension que les daba la Francia, bastó esto para que se separasen de Luis XII. Enrique VIII, Rey de Inglaterra, desde el dia 22 de Abril del año 1509, en que murió su padre Enrique VII, dejándole inmensas riquezas, Príncipe naturalmente entusiasta, estremado en sus resoluciones, y precipitado en su conducta, como se verá mas adelante, se preciaba entonces de una adhesion sin límites á la santa Sede, y condescendió gustoso con los deseos del Papa, ya porque se trataba de incomodar á una potencia que rivaliza con la Inglaterra, y ya tambien porque con los ahorros de su padre esperaba conseguir el fin que se proponia. Concluyóse, pues, sin dificultad la nueva liga, destinada á arrojar enteramente de Italia á los franceses.

23. Se creyó no obstante que la muerte del cardenal de Amboise, ocurrida en estas circunstancias, podia causar alguna novedad en las disposiciones del Papa, el cual estaba principalmente irritado contra la Francia por la total confianza que hacia Luis XII de su ministro. El cardenal de Amboise, digno de mas larga vida, murió en el año 1510, á los cincuenta

(1) *Marian. lib. 29. = Guich. lib. 8. y 9.*

de su edad, en la ciudad de Leon, donde se vió precisado á detenerse con motivo de un cólico y de la gota que le atormentaba cruelmente. En su testamento, que se habia otorgado algunos meses antes, instituíá por universal heredero á su sobrino el señor Chaumont; pero declarando en términos espresos, que todo lo que se hallase procedente de los bienes de la Iglesia, se distribuyese entre los pobres, que son (añadia) sus legítimos herederos. Las mandas que dejaba á favor de los infelices y de una multitud de iglesias, disminuían considerablemente del total de cien mil escudos los bienes que procedian de las rentas de sus empleos y de la generosidad del Rey. Se asegura que jamás pidió nada á su amo, y que si recibió las gratificaciones que le daba, fue solamente cuando conocia que en caso de rehusarlas se habia de ofender su Magestad. No se estrañará que un ministro como este encargase á sus parientes que no solicitasen jamás el ministerio. Sintió mucho el haber empleado en estas brillantes funciones una parte del tiempo que hubiera deseado dedicar por entero al cuidado de su diócesis. Lloró el Rey la muerte de su ministro y de su amigo, y mandó que se le hiciesen unas exequias magníficas. Se enterraron las entrañas en los celestinos de Leon, y se llevó el cuerpo de aquel pastor amado á su iglesia de Roan. Aunque el ministro de Luis XII no tenia una penetracion tan estraordinaria como el de Isabel, al cual igualaba en la probidad, y le escedia en la sensibilidad y en la dulzura de carácter, hizo una carrera, si no tan

brillante, á lo menos tan ventajosa para el pueblo y mas tranquila. No se preciaba de caminar con rapidéz al fin que se proponia, ni de conseguir las cosas á viva fuerza, sino que esperaba con paciencia, y se aprovechaba oportunamente del momento favorable para el logro de sus designios, y solo le parecia inasequible lo que ofrecia una imposibilidad absoluta.

24. Lejos de contribuir la muerte del cardenal de Amboise á reconciliar al Papa y al Rey, solo sirvió para hacer mas ruidoso su rompimiento. Pidió Julio los bienes que habia dejado el cardenal difunto, como un espolio á que pretendian los Papas tener derecho. Respondió Luis, que cualesquiera que fuesen las prerogativas de los Papas, no se estendian á los bienes de los cardenales que muriesen fuera de los estados de la Iglesia. Es verosimil que el Pontífice esperaba esta respuesta, y que no sintió tener este primer pretesto de desconfianza, al cual añadió muy en breve otros muchos. Persuadidos de que la muerte del cardenal ministro dejaba en el consejo un vacío difícil de llenar, y que causaria, á lo menos por algun tiempo, mucha incertidumbre y perplejidad en las operaciones, dió orden á sus tropas para que atacasen inmediatamente á los aliados de Francia, hizo algunas tentativas contra Génova, donde habia guarnicion francesa, y saliendo mal todas estas empresas, pidió al Rey varias plazas que decia ser propias de la santa Sede. El Rey, que penetró fácilmente la intencion del Papa, respondió con sequedad, que no queria: y fundado el Pontífice en esta negativa, le escomulgó,

puso su reino en entredicho, y le dió al primero que pudiese apoderarse de él, fulminando las mismas penas y censuras contra todos los Príncipes que siguiesen el partido de los franceses. Pero habiendo previsto que el uso que hacia de la potestad apostólica escitaria mas bien la indignacion que el terror, estrechó fuertemente á sus aliados para que diesen principio á las hostilidades, y se presentó él mismo á la frente de sus tropas.

En efecto, se hizo poco caso en Francia de aquellas censuras evidentemente nulas, y en cierto modo hubiera sido de desear que hubiesen merecido aun menos atencion. Así pensaron los grandes y el parlamento, aconsejando que se enviasen á Italia nuevos refuerzos, en vez de celebrar juntas eclesiásticas, por cuyo medio se habria evitado una fermentacion que estuvo para sumergir á la Iglesia en un cisma deplorable. El orden y la razon exigen que cada una de las dos potestades se contenga en su esfera, y que los Reyes manden los egércitos, y los Papas presidan los concilios. Pero sucedió todo lo contrario por uno de aquellos temperamentos que no satisfacen á nadie, y por una incertidumbre pusilánime, que dió á entender lo mucho que habia perdido Francia con la muerte del cardenal de Amboise. Sin embargo, el principio fue respetable por parte del Rey, el cual se creyó obligado á tomar consejos eclesiásticos en una causa en que se trataba de la Cabeza de la Iglesia. Como quiera que sea, lo cierto es, que mientras Julio II iba mandando las tropas que habian de servir contra

Luis XII, se ocupaba este Príncipe en congregar prelados y doctores para que sentenciasen contra Julio.

25. La junta ó asamblea que se habia convocado en Orleans, se trasladó casi inmediatamente á Tours, y allí, sin mas demora, se decidieron una multitud de cuestiones espinosas propuestas por el Monarca (1). Preguntaba con especialidad, si un Príncipe ofendido por el Papa en sus derechos temporales, puede rechazar la fuerza con la fuerza, y aun apoderarse por algun tiempo de las posesiones de la Iglesia; si en estas circunstancias puede socorrer á sus aliados por los mismos medios; si en el caso de que confundiendo el Papa la autoridad espiritual con la temporal, pronuncie una sentencia y fulmine censuras, hay obligacion de someterse á ella; y en fin, si abusando el Papa de su poder contra los Príncipes en la forma que se ha dicho, pueden estos retraerse de su obediencia, interrumpiendo con él la comunicacion acostumbrada, y atendiéndose al derecho antiguo. La respuesta fue, que podia egecutarse todo esto, y que en caso de semejante substraccion de obediencia, debia observarse la pragmática-sancion, como fundada en los decretos de los concilios. Añadieron los prelados, que era necesario ante todas cosas amonestar al Papa, segun las reglas evangélicas de la caridad; que si se obstinaba en su empeño, se le intimaria que convocase un concilio general, y que entonces se podría proceder á la egecucion de lo que se habia propuesto.

(1) *Prueb. de las Libert. de la Iglesia Galic. p. 379.*

La llegada del obispo de Gurek, ministro plenipotenciario del Emperador Maximiliano, y uno de los mas célebres negociadores de su tiempo, sirvió para confirmar á Luis XII en el proyecto de convocar un concilio general. Hay quien asegura que este Emperador habia concebido el estravagante designio de hacerse Papa (1): y el docto Mariana dice positivamente, que el objeto de este Príncipe en sus conexiones con el Rey de Francia para la convocacion de un concilio, era conseguir que fuese depuesto Julio, y que le eligiesen á él en su lugar (2).

26. No se intimidó el Pontífice con lo que se intentaba contra él, antes bien, luego que llegó á su noticia, fulminó públicamente censuras contra cualquiera que obedeciese el decreto del clero de Francia, y contra los eclesiásticos que asistiesen á sus juntas, ó al concilio que quisiese celebrar. Escomulgó al duque de Ferrara, aliado de Francia, á las tropas francesas que peleaban á favor del duque, y á todos los oficiales que servian en Italia, ya fuese bajo las banderas de Luis XII, ó ya los pagase éste, aunque fueran mandados por otros. Pero al mismo tiempo experimentaba unas inquietudes y angustias crueles. Los Bentivoglios, á quienes el Papa habia arrojado de Bolonia, propusieron al mariscal de Chaumont, que sorprendiese esta ciudad mientras estaba en ella el Papa con toda su corte; y si no se hubiera retardado un dia la espedicion por la imprudente seguridad del

(1) *Monita. polid. ad S. T. R. Princ. Francof. ann. 1609.*

(2) *Marian. l. 30.*